

SOBRE EL TRANSFORMISMO

Con frecuencia se nos dirigen estas preguntas: ¿qué hay de verdad sobre el evolucionismo de las especies? ¿Se puede defender el transformismo sin chocar con los dogmas de la religión? ¿Hay que creer que el primer hombre fué formado inmediatamente del barro de la tierra? ¿Los biólogos que defienden la descendencia del hombre del bruto, están todos al margen de las doctrinas actualmente enseñadas por la Iglesia? Para satisfacer tales preguntas hemos redactado estas notas que creemos servirán para orientar a algunos.

Origen de las especies. - En la tierra existe el reino vegetal y el reino animal y además el hombre, que por su entendimiento es inmensamente superior a los demás seres vivos. ¿Creó Dios todas las formas de organismos, como ahora las contemplamos, o solamente alguna o algunas, de las cuales descienden por transformación o evolución todas las que observamos? Imposible tratar esta cuestión en pocas páginas.

Distingamos dos géneros de evolucionismo: el evolucionismo biológico, o la descendencia de todos los organismos fuera del hombre; y el evolucionismo antropológico, o la descendencia del hombre.

En cada uno de estos evolucionismos, se puede investigar, qué cambios de *facto* han acontecido en el decurso de los tiempos, y después cómo hay que explicar estos cambios.

Evolucionismo biológico. - Nos invita a estas distinciones, la misma historia del problema, en la cual podemos muy bien discernir tres períodos.

Al primer período pertenecen los sistemas de Demaillet y Buffon, los cuales se esfuerzan en probar primeramente el

hecho de alguna alteración en los organismos; poco hablan de sus causas. Al segundo período pertenecen los sistemas de Lamarck y Darwin, quienes ya ponen más atención en la explicación del hecho que en probarlo, si bien aún no lo suponen del todo probado. En el tercer período, que es el moderno, los autores suponen generalmente, sin precisar límite alguno, probado el hecho de las transformaciones; examinan con todo, usando un método estrictamente científico, el hecho de la variabilidad, su amplitud y causas naturales. Entre tanto juzgan, que más bien hay que restringir que ampliar los límites de la descendencia, si atendemos a la prueba verdaderamente experimental.

Una gran dificultad ofrece el estudio de este problema, y es el diferente significado atribuído por los autores a los términos. No todos entienden lo mismo cuando hablan de las hipótesis de la evolución, descendencia, transformación, del darwinismo, y sobre todo cuando definen o describen la especie sistemática, la cual hay que distinguir muy bien de la especie filosófica, de la especie primitiva y de la especie descrita por Linneo.

Las causas de la evolución son varias. Según Lamarck, que fué el primero que científicamente cultivó el sistema de la evolución, el origen de nuevas formas orgánicas se explica por la fijación hereditaria de las propiedades individuales adquiridas. Darwin distingue en la formación de una nueva especie, un triple proceso: un proceso de un cambio de mínima amplitud; un proceso de sucesiva divergencia entre las formas nuevas y originales; un proceso de fijación hereditaria de las diferencias. Poco a poco estas explicaciones aparecieron a los sabios insuficientes y erizadas de dificultades, de tal suerte que hoy casi nadie admite estas hipótesis. En su lugar muchos, como von Bär, Nägeli, Kölliker, de Vries, Reinke, Cope, O. y R. Herwig, Wasmann, Depéret, Driesch, Diener y otros admiten una mutabilidad en los organismos determinada y dirigida por un principio interno al mismo organismo.

Una explicación verdaderamente científica, y muy conforme con la sana filosofía, es la que explica la formación de

nuevas especies por *mutación*, término internacional, introducido en biología por de Vries, que significa un cambio repentino de genótipo, hereditario desde el primer momento, consistente en la actuación de nuevas potencias (genes) incluídas en los cromosomas de las células germinales.

Dada esta explicación, queda intacta por una parte la inmutabilidad esencial de las formas elementales primitivas, creadas por el autor de la naturaleza, y por otra la formación sucesiva de nuevas unidades sistemáticas. Las especies creadas han de concebirse como entes que en sí contienen, además del complejo de notas actuado desde el principio, otros complejos, latentes en el sustrato germinal, que los modernos llaman sustrato de potencias. Tal complejo de notas accesorio, actuado en el decurso del tiempo, es la misma esencia del organismo de otra manera actuada. Si por fin se supone que esta actuación se verifica por leyes internas, excitadas por el exterior y sucesivamente, tenemos un proceso evolutivo de actuación de potencias, contenidas en estado latente en la forma primitiva.

Las pruebas del transformismo son de dos clases: directas e indirectas. Las directas son las que se pueden observar actualmente en los reinos vegetal y animal; las indirectas son las que se deducen de la paleontología, embriología y biogeografía.

¿Qué hay de cierto sobre el evolucionismo biológico en el estado actual de la ciencia? Experimental y directamente, se ha probado el origen de nuevas unidades sistemáticas, las cuales frecuentemente tienen el valor de aquellas especies, que en otro tiempo eran tenidas por verdaderas formas elementales o primitivas. Los argumentos indirectos hacen probable la extensión de la evolución hasta los órdenes y tal vez, clases sistemáticas. Ningún argumento empero hay, para probar que la evolución se haya extendido hasta la formación de nuevos tipos.

Así pues, se han de tener por gratuitas, las afirmaciones de aquellos biólogos, que suponen, o que la vida ha aparecido en la tierra por generación espontánea, o que los animales des-

cienden de las plantas, o que un tipo proviene por evolución de otro tipo (1).

Evolucionismo antropológico. - El origen del hombre ha ocupado siempre la mente de los hombres de todos los tiempos.

Las sentencias sobre la aparición del hombre en la tierra se pueden reducir a tres: La primera afirma que el hombre todo, en cuanto el cuerpo y el alma desciende de un animal por evolución. Los defensores de esta opinión, no se toman la molestia de precisarnos qué entienden por hombre, por animal y por evolución, sino que suponen, o que el hombre no tiene razón, como los animales, o que los animales tienen entendimiento, como el hombre, de suerte que no existe diferencia esencial entre los animales y el hombre.

La segunda sentencia es la de aquellos que, admitiendo que el alma es creada por Dios, extienden la evolución solamente al cuerpo del hombre. Son varios católicos: En el pasado siglo: *Jorge Mivart, Leroy O. P., Zahm C. S. C.* y otros. Hoy día favorecen esta opinión: *Bouyssonie, Theilhard de Chardin, Pasquier, P. M. Perier, Goupel, Lortal, M. Couper* en la *Rev. "Primitive Man"* de abril de 1935, órgano de la "Catholic Anthropological Conference" de Washington, etc. Estos autores dicen, que Dios preparó por varias generaciones de brutos, aquel cuerpo al cual había de infundir el alma racional, y que había de ser el futuro cuerpo de Adán (2).

La tercera sentencia defiende que todo el hombre fué producido por una acción inmediata de Dios, por cuanto Dios formó del barro de la tierra, el cuerpo del primer hombre, al cual infundió, después de crearla, un alma racional e inmortal.

La Sagrada Escritura, entendida en sentido obvio, los Padres de la Iglesia, y hasta algunos documentos eclesiásticos

(1) Cf. C. Frank S.J., *Philosophia Naturalis*, p. 309 sg. Herder, 1926.

(2) Cr. M. Ussher, "Algo acerca del origen del hombre", en la "Revista Eclesiástica de Buenos Aires"; febrero de 1942, p. 94 sg.

favorecen esta última opinión. Los Padres del concilio particular de Colonia en 1860 declararon, como del todo contraria a la Escritura y a la fe la segunda sentencia de las arriba mencionadas. La autoridad eclesiástica obligó a retractar al P. Leroy su opinión, y el P. Zahm debió retirar de la venta pública, el libro en que enseñaba la misma sentencia. El 30 de junio de 1909, la Comisión bíblica, preguntada, si en los tres primeros capítulos del Génesis, se podía poner en duda el sentido histórico-literal, referente a "una peculiar creación del hombre, y a la formación de la primera mujer del primer hombre", respondió negativamente (3).

La primera opinión, es ciertamente herética, porque es doctrina de fe católica la que sostiene que el hombre entero según el cuerpo y el alma no procede por evolución natural de un animal bruto, pues es de fe, que el alma humana, es espiritual e inmortal, propiedades que en la sentencia evolucionista implícitamente se niegan. Además, es de fe también que las almas de nuestros primeros padres fueron creadas inmediatamente por Dios, cosa que niegan los defensores de la sentencia extrema.

El lector estará deseoso de saber, qué calificación hay que dar a la segunda sentencia defendida por varios doctores católicos. Han sido varias, las censuras dadas por los teólogos a los que defienden que Dios para formar los cuerpos de los primeros hombres, no tomó del mundo anorgánico la materia de que constaba, sino de un organismo ya vivo, al cual, por una acción preternatural, acabó de disponer para recibir el alma humana. Algunos teólogos llamaron a esta sentencia, error en la fe, otros simplemente errónea, otros la tienen por temeraria (4).

(3) Deuz-Barm. 2123.

(4) El P. Boyer S.J., profesor de la Gregoriana, en su *Tractatus de Deo Creante*. Romae, 1933, pág. 189, era uno de estos teólogos, pero en la edición del mismo tratado del año 1940, pág. 187, ha mitigado más su sentencia, y dice lo mismo que nosotros: "Si antem de solo modo explicandi hanc actionem agatur, etiamsi omnis instrumentalitas Christi non excludatur, abstineri potest, salvo indicio Ecclesiae, a nota theologica".

Sinceramente creemos, que hoy la tesis, defendida por lo menos en el sentido de que Dios tomó un organismo vivo, más o menos semejante al organismo humano, y por una acción extraordinaria lo acabó de preparar para recibir el alma humana, con cuya unión fué transformado en cuerpo humano, no merece ninguna censura teológica.

El R. P. de Sirrety, S.J., en el *Dicc. Apol. de la Foi Cath.*, t. 4, col. 1847, dice: "Si alguno hallara más satisfactorio para el espíritu científico, el pensar que el Creador, para constituir el cuerpo del primer hombre, ha utilizado una materia ya organizada, que ha más o menos profundamente transformado este organismo, para la infusión misma de un alma espiritual; no vemos lo que se podría objetarle bajo el punto de vista teológico. La Iglesia no se ha jamás pronunciado ni directa ni indirectamente, acerca del estado de la materia, que conforme al texto genesíaco, ha servido para constituir el cuerpo humano".

El R. P. Goupil S.J. (citado por Perier en su libro "*Le Transformisme*" p. 234) dice: "Este barro de la tierra de que el hombre está formado, no es inmediatamente la materia anorgánica, sino la materia evolucionada hasta la vida animal, de la cual, por fin, por una acción de Dios especial, ha nacido el cuerpo del primer hombre".

Los teólogos saben que una sentencia temeraria en un tiempo puede venir a ser probable en otro: recuérdese la sentencia de Copérnico, mal defendida por Galileo. Creo que algo semejante está pasando a la sentencia de que tratamos.

De algunos años a esta parte, algunos autores y biólogos católicos han apoyado la sentencia de que hablamos; revistas de universidades han admitido artículos en que se defiende el evolucionismo antropológico mitigado, y la Iglesia no dice nada. Se han hecho nuevos estudios, y se han presentado mejor los argumentos que pueden dar probabilidad a la sentencia, se han hecho nuevos hallazgos que, según algunos, hacen más probable esta sentencia.

El P. Félix Buschkamp S.J., en "*Stimmen der Zeit*", mar-

zo 1939 (5), dice: "Desde 1910 me he venido abriendo camino hasta el reconocimiento de la teoría de la evolución: durante estos casi 30 años, he llegado a considerar su aplicación al hombre, como posible, como probable, como cierta".

El Dr. P. M. Périer escribe un libro entero, aprobado por la autoridad eclesiástica, para defender esta sentencia. (*Le Transformisme*; Beauchesne, 1938).

Decimos esto no porque creamos la sentencia como probada, ni mucho menos. Ni científicamente creemos esta sentencia como más probable, sino a lo más como probable, y en el presente, dejada a la libre discusión de los sabios.

(5) Artículo citado por la Revista "The Ecclesiastical Review de Washington", julio 1941.

J U A N R O S A N A S, S. J.